

Guy de Maupassant

Yvette

Traducción de Luisa Juanatey

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Émile Vernon, *Fille avec un pavot*
Maquetación: Daniel F. Patricio

Título original: *Yvette*

© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.
© de la traducción, Luisa Juanatey

ISBN: 978-84-941162-8-5

Depósito legal: M-29160-2014

Impreso por Huna Soluciones Gráficas S.L.

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

I

Al salir del café Riche, Jean de Servigny dijo a Léon Saval:

—Si te parece iremos a pie. Es una pena ir en coche haciendo tan buen tiempo.

—Me parece de perlas —respondió su amigo.

—Casi no son las once —añadió Servigny—, llegaremos mucho antes de medianoche. Vayamos con calma.

En el bulevar se agitaba el animado gentío que en las noches de verano conversa y bebe, y bulle y lo invade con su rumor como un río desbordante de bienestar y de júbilo. Cada cierto trecho las ventanas de un café derramaban su luz sobre la gente que se apiñaba en la acera ante los veladores repletos de vasos y de botellas, interrumpiendo el paso. Y si

irrupía en la calzada algún fiacre con sus faroles verdes, o rojos, o azules, a la viva claridad de la fachada iluminada se veía por un instante la magra silueta del caballo corriendo al trotecillo, el perfil del cochero allá en lo alto, y la cabina, oscura. Los de la Compañía Urbana¹ ponían rápidas pinceladas claras al reflejarse la luz en las cabinas pintadas de amarillo.

Ambos amigos caminaban a paso lento, fumando sus cigarros. Iban a cuerpo, el gabán al brazo, en el ojal una flor y el sombrero ligeramente ladeado, como a veces se lleva con despreocupación cuando uno ha cenado bien y la brisa es tibia.

Una estrecha amistad, afectuosa y sólida, les unía desde sus años de colegio.

Jean de Servigny era menudo y esbelto, muy elegante; un poco calvo, algo flaco, el bigote rizado, los ojos claros, los labios finos. La clase de noctámbulo que parece haber nacido y haberse criado en el bulevar; infatigable pese a su eterno aspecto de estar exhausto y vigoroso aunque pálido de tez: el típico parisino enteco que ha adquirido una fortaleza nerviosa y ficticia a base de esgrima, gimnasio, sauna y duchas frías. Tan conocido por sus calaveradas como por su ingenio, su fortuna y sus relaciones; por esa sociabilidad, esa amabilidad, esa galantería mundana que es privativa de ciertos hombres.

Por lo demás era el parisino cabal. Liviano, escéptico, influenciado y cambiante, irresoluto y

1. Importante empresa de alquiler de fiacres.

enérgico, capaz de todo y de nada; egoísta por convicción y generoso por tendencia natural, consumía sus rentas con moderación y se divertía con higiene. Apasionado e indolente, una y otra vez soltaba las riendas y a continuación tiraba de ellas a tenor de un combate entre inclinaciones contrarias a las cuales cedía para, en último término, plegarse a su interés de vividor avisado, según una lógica de veleta consistente en seguir la dirección del viento y aprovechar las circunstancias sin tomarse la molestia de engendrarlas.

Su compañero Léon Saval, rico como él, era un gigante magnífico, de los que a su paso hacen volverse a las mujeres por la calle. Causaba la impresión de ser un monumento hecho hombre, un prototipo de la raza, como esos objetos modelo que suelen enviarse para una exposición. Apuesto de más, alto de más, ancho y robusto de más, pecaba en todo por una cierta falta de medida, por lo desmesurado de sus cualidades. Había inspirado incontables pasiones.

Llegados a la altura del Vaudeville, Léon Saval preguntó:

—¿Has avisado a esa dama de que vas a presentarme en su casa?

Su amigo se echó a reír:

—¡A la marquesa Obardi! ¿Se manda aviso al cochero de que va uno a subir al ómnibus en la esquina de la calle?

Entonces Saval preguntó, perplejo:

—¿Pues quién es ella exactamente?

Servigny respondió:

—Es una advenediza, una aventurera que no se sabe de dónde ha salido. Encantadora. Una buscavidas que un buen día apareció en los salones de esa clase —donde por cierto no desmereció— sin que se sepa cómo; pero eso qué importa. Dicen que su nombre real, el de soltera —pues menos tocante a inocencia soltera sigue siendo a todos los efectos— es Octavie Bardin. Y de ahí lo de Obardi, con la inicial del nombre de pila y sin la *n* final del apellido.

»Desde luego está hecha para ser amada. Tú vas a ser su amante sin remisión posible, dado tu físico: si uno presenta a Hércules en casa de Mesalina ya sabe lo que va a ocurrir.

»Añadiré, no obstante, que si bien en aquella casa la entrada es libre como en un bazar, no hay compromiso alguno de comprar lo que se ofrece. Se ofrece amor y juego, pero uno no está obligado a ninguna de las dos cosas. La salida es igualmente libre.

»Hace tres años se instaló en el barrio de l'Étoile, barrio de fama equívoca, y abrió sus salones a esa espuma de los continentes que viene a París a poner en práctica sus variados, y temibles, talentos criminales.

»Y yo acudí. ¿Que cómo? Qué se yo, pues igual que acudimos todos: porque es un lugar donde se juega y donde las mujeres son fáciles y los hombres unos golfos. A mí me encanta ese mundo de filibus-

teros con condecoraciones variopintas, extranjeros todos, todos ellos nobles, todos con título, todos desconocidos en su propia embajada salvo los espías, que por un quítame allá esas pajas hablan de honor, que citan a sus antepasados venga o no venga al caso y que te cuentan su vida a la mínima ocasión. Fanfarrones, farsantes: auténticos pícaros. Tan peligrosos como sus barajas e igual de falsos que sus nombres; y osados por necesidad: como lo son los bandoleros que para asaltar a la gente no tienen más remedio que arriesgar su vida. La aristocracia del presidio, en fin.

»Me apasionan. Son interesantes de estudiar, de conocer; escucharlos me divierte. Jamás tienen la grisura de un francés funcionario, y hay muchos de entendimiento bien agudo. Sus mujeres son siempre hermosas, con ese toquecito de picardía extranjera y con el misterio de su existencia pasada, vaya usted a saber si pasada la mitad del tiempo en un correccional. Suelen tener ojos magníficos y espléndida melena —lo que el oficio demanda, vamos—, una gracia que arrebató, un modo de seducir que incita a hacer locuras y un encanto desvergonzado... ¡Imposible de resistir! Son conquistadoras a la manera de los antiguos soldados de fortuna: unas rapaces, unas auténticas aves de rapiña hembras. También ellas me fascinan.

»La marquesa Obardi pertenece a esta categoría de las perdidas elegantes. Hermosa y felina, todavía llena de encanto en su madurez, se nota que es viciosa hasta la médula. En su casa se divierte uno a

lo grande: allí se juega, se baila, se cena a altas horas... se hace cuanto forma parte de los placeres de la vida mundana.

—¿Has sido o eres su amante? —preguntó Léon Saval.

—Ni lo he sido, ni lo soy, ni tampoco lo seré. Yo voy allí más que nada por la hija.

—Ah, ¿tiene una hija?

—¡Que si tiene una hija! ¡Ah!, mi querido amigo: una maravilla. Que en este momento es el principal atractivo que hay en el antro aquel. A punto de sazón —dieciocho años—, alta y espléndida, tan rubia como morena es su madre; siempre alegre, la risa suelta a toda hora, siempre con ganas de fiesta, siempre bailando sin freno como una peonza... ¿Quién se la llevará? ¿O quién se la ha llevado? No se sabe. Los que aguardamos, los que nos mantenemos a la espera, somos diez.

»Una muchacha así, en manos de una mujer como la marquesa, es un capital. Y juegan las dos sobre seguro, las muy bribonas: no sueltan prenda. Puede que estén esperando una ocasión... mejor... que yo. Por mi parte te aseguro que no pienso dejarla escapar... la ocasión. Si es que se me presenta.

»Me desconcierta por completo esa muchacha, Yvette. Es un misterio. Si no es el monstruo de astucia y perversidad más acabado y perfecto que jamás haya yo conocido, sin duda es el fenómeno de inocencia más portentoso que se pueda encontrar. En ese ambiente innoble ella vive, y triunfa, con una

naturalidad tan absoluta que o es una ingenua admirable o es una bellaca digna de admiración.

»O bien es un maravilloso retoño de aventurera brotado al calor de aquel estercolero —igual que hay plantas bellísimas que se alimentan de estiércol—, o bien es hija de algún hombre de alta estirpe, de un gran señor o un gran artista, o de un príncipe, o de algún rey que una noche pasó por el lecho de su madre. No es posible saber quién es ni lo que piensa. Pero ya la verás.

Saval se rio:

—Estás enamorado de ella.

—No. Estoy en competición, que no es lo mismo. Y te presentaré a mis copretendientes más serios. Pero mis posibilidades son claras. Llevo ventaja, muestra cierto favor por mí.

Saval repitió:

—Estás enamorado.

—No. Yvette me turba, me seduce y le tengo miedo, me atrae y me inspira terror. Desconfío de ella como de una celada y la deseo igual que me apetece un sorbete cuando tengo sed. Su encanto me tiene encandilado, pero me acerco a ella con el mismo recelo que a alguien sospechoso de ser un ladrón habilísimo. Junto a ella me siento irracionalmente arrastrado por su posible candor y, muy razonablemente, desconfío de su astucia no menos probable. Siento que estoy en contacto con un ser anormal, que se sale de las pautas naturales: algo exquisito o abominable, no lo sé.

—Te repito que estás enamorado —sentenció por tercera vez Saval—. Hablas de ella con afectación de poeta y con lirismo de trovador. Pon los pies en la tierra, vuelve en ti, examina tu corazón y confiesa.

Servigny dio unos cuantos pasos sin responder nada y, por fin, prosiguió:

—En realidad puede ser. Desde luego, Yvette me preocupa mucho. Sí, puede que esté enamorado. Pienso demasiado en ella. Pienso en ella al dormirme y al despertarme... la cosa es bastante grave. Su imagen me sigue, me persigue, me acompaña sin tregua, constantemente ante mí, en torno a mí, siempre en mí. ¿Es amor esta obsesión física? Su rostro se ha grabado en mi mirada de modo tan profundo que en cuanto cierro los ojos la veo. No negaré que cada vez que aparece me palpita el corazón. En tal caso, la amo de una manera extraña: la deseo violentamente y la idea de hacerla mi mujer me parecería una insensatez, una locura, una monstruosidad. Por otra parte no deja de asustarme, como se asusta un pájaro cuando lo acecha el gavilán, y sin embargo, tengo celos de ella, celos de todo lo que ignoro acerca de ese corazón que no comprendo. Y una y otra vez me pregunto: ¿es una deliciosa niña traviesa o es una pícara de lo peor? Dice unas cosas que harían temblar a un regimiento: pero eso lo hace también un papagayo. A veces es impúdica e imprudente hasta tal extremo que no puedo sino creer en lo inmaculado de su candor y, a veces, es tan inverosímilmente cándida que sospe-

cho que no ha sido casta jamás. Me provoca y me excita como una cortesana, y al tiempo se protege lo mismo que una virgen. En público parece ir anunciando que es mi amante y en la intimidad me trata como si fuera su hermano, o su criado: parece que me ama y se burla de mí. A veces me imagino que tiene tantos amantes como su madre; y a veces me figuro que nada sabe de la vida, ¿entiendes?... , pero nada de nada...

»Sabrás que es una lectora de novelas empedernida. En espera de mejor cosa, yo soy su proveedor de libros: ella dice que soy «su bibliotecario». Cada semana la Librairie Nouvelle le envía de mi parte todo lo que ha salido, y yo creo que se lo lee todo sin distinguir.

»Se le debe de estar formando un buen bati-burrillo en la cabeza.

»Posiblemente ese revoltijo de lecturas tenga bastante que ver con su extraña manera de comportarse. La existencia vista a través de millares de novelas debe de presentar un curioso aspecto, y es probable que ella se haya hecho una idea de las cosas bastante peregrina.

»Y yo, pues... espero. Es cierto que de ninguna mujer he estado tan encaprichado como de esta.

»Pero es igualmente cierto que con ella no me voy a casar.

»De modo que, si ya ha tenido amantes, yo vendré a prolongar la lista. Y si no los ha tenido, me tocará a mí el número uno. Como en el tranvía.

»El asunto es simple. Yvette desde luego no se casará, porque ¿quién iba a casarse con la hija de la marquesa Obardi, con la hija de Octavie Bardin? Nadie, por un montón de razones.

»¿Dónde podría encontrar marido? ¿En la buena sociedad? Imposible. La de su madre es una casa pública, a la cual su hija atrae la clientela. Nadie se casa en circunstancias semejantes.

»¿Entre la burguesía? Menos aún. Y de todas maneras la marquesa no es mujer que se preste a una mala inversión. No entregaría a Yvette más que a un hombre de posición elevada, cosa que no va a encontrar.

»¿Entre el pueblo llano, pues? Aún menos. Así que no hay salida. La señorita Yvette no pertenece a ninguna clase: ni a la buena sociedad ni a la burguesía ni al pueblo llano; luego no puede aspirar a entrar mediante un enlace en ninguna de las tres.

»Por ser hija de quien es —siendo quien es su madre—, por cuna, por herencia y por educación, así por sus costumbres como por sus modales Yvette pertenece a la prostitución de lujo.

»Nunca podrá escapar de ahí a no ser que se haga religiosa, lo cual no es nada probable teniendo en cuenta sus gustos y cómo se comporta. Su única profesión posible es el amor. Y a ella se dedicará, si es que no se dedica ya ahora. No le es posible escapar a su destino. Sencillamente pasará de doncella a cortesana. Y yo quisiera ser el origen de esa transformación.

»Yo aguardo. Los aspirantes son numerosos. Conocerás a un francés, M. de Belvigne, a un ruso al que llaman príncipe Kravalov y a un italiano, el *chevalier* Valreali. Los tres han presentado abiertamente sus candidaturas y maniobran en consecuencia. Y a estos se suman no pocos merodeadores de menor importancia.

»La marquesa se mantiene ojo avizor, aunque yo creo que sus miras están puestas en mí. Sabe que soy muy rico, mientras que respecto a los demás está menos informada.

»Te diré que, de entre los salones de este tipo —de los de aparentar— el suyo es el más extraordinario que conozco. Acuden hombres de posición muy elevada: ya ves que nosotros vamos, y no somos los únicos. Y en cuanto a las mujeres, en cuestión de robacarteras la marquesa ha encontrado, o digamos más bien que ha escogido, lo más granadito que había en la cesta. Dónde las ha ido a buscar es cosa que se desconoce, pero se trata de un mundo aparte del de las ramerías comunes, aparte también del de la bohemia: aparte de todo. Y por añadidura ha tenido la genial inspiración de elegir en especial aventureras provistas de hijos —de hijas, principalmente—, con lo cual un incauto que caiga por allí podrá creer que se encuentra entre mujeres honradas.

Habían llegado a la avenida de los Campos Elíseos. Una brisa ligera soplaba suavemente entre las hojas, y por momentos acariciaba el rostro con blandos movimientos como de un abanico gigante

que se balanceara en algún punto del cielo. Bajo los árboles vagaban sombras mudas. En los bancos se dibujaban otras sombras más densas que cuchicheaban bajito, como quien se confía secretos importantes, o vergonzosos.

Servigny continuó:

—No te imaginas la colección de títulos de fantasía que proliferan en ese antro. ¡Ah!, por cierto, que sepas que te voy a presentar como conde Saval. Saval a secas allí no se admite, quedaría muy mal.

—¡De ninguna manera! —protestó Saval—. Me niego a caer en el ridículo de que piensen que pretendo ir por ahí usando un título de pega, ni que sea por una noche, ni que sea entre gente de esa clase. Ni hablar, vamos.

Servigny se echó a reír.

—No seas tonto. A mí me han bautizado como duque de Servigny. No sé por qué ni cómo. El caso es que duque de Servigny me he quedado y no por eso protesto, ni me quejo. A mí no me molesta. Si no me llamase así sería horriblemente despreciado.

Pero Saval se negaba en redondo:

—Tú eres noble, contigo puede pasar. Pero conmigo no. Yo seré el único plebeyo del salón. Qué le vamos a hacer. O... mira por dónde: será mi timbre de distinción... mi marca de superioridad.

Servigny porfiaba:

—Te digo que eso no puede ser. No puede ser, ¿entiendes?, te lo aseguro. Rayaría en lo monstruoso, harías el mismo efecto que un traperero en una

conferencia de emperadores. Hazme caso. Te presentaré como virrey del Alto Misisipi y verás cómo a nadie le extraña. Puestos a colocarse grandezas no hay ninguna que baste.

—Que no, insisto. No quiero.

—Como gustes. Aunque en realidad estoy haciendo el bobo al empeñarme en convencerte. Te reto a que entres allí sin que te encasqueten un título, como a las señoras cuando van a algunos comercios y a la entrada les dan un ramito de violetas.

Giraron a la derecha por la *rue* Berry, subieron al primer piso de un bello *hôtel* moderno y entregaron gabanes y bastones a cuatro criados vestidos de calzón corto. Pesaba en el aire un olor cálido de fiesta, un olor a flores, a perfumes, a mujeres; de las estancias vecinas llegaba ese rumor confuso y continuo que se oye cuando están llenas de gente.